

LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO COMO INSTITUCIÓN ACOGEDORA DE INTELLECTUALES ESPAÑOLES EXILIADOS TRAS LA GUERRA CIVIL DE 1936

Francisco García-Moreno Barco.

Universidad de Puerto Rico-RUM.

El cardiólogo mejicano Ignacio Chávez comentaba en cierta ocasión con relación a los exiliados de la guerra civil española del 36: "lo siento por España, que merece mejor suerte, y por ustedes, pero el exilio me ha completado el personal que necesitaba en el Instituto de Cardiología, un anatomista como el doctor Isaac Costero, catedrático de la Universidad de Valladolid, un fisiólogo como el doctor Rafael Méndez, discípulo y colaborador del Dr. Juan Negrín y tantos otros facultativos y auxiliares".

Efectivamente, hablar de los exiliados españoles tras la contienda civil de 1936 en Hispanoamérica es, en gran medida, hablar sobre el nacimiento y renovación de las grandes instituciones académicas y profesionales. Al igual que el doctor Chávez logró completar su cuadro médico con profesionales de élite, el Rector de la Universidad de Santo Domingo en la República Dominicana, licenciado Julio Ortega Frier, fundó la facultad de Filosofía y Letras poniendo al frente de los cursos de Sociología a Vicente Herrero, de Psicología a Antonio Román, de Literatura Española a Vicente Llorens y Antonio Regalado y de Pedagogía a Fernando Sainz; Constancio Bernaldo de Quirós estableció los estudios de Criminología y Malagón los de Derecho Romano e Historia del Derecho, todos ellos españoles republicanos en el exilio. En Argentina, el gran medievalista y antiguo Rector de la Universidad de Madrid, Claudio Sánchez Albornoz, estableció en Buenos Aires el Instituto de Historia Medieval y Moderna de España. De igual manera, en Puerto Rico, los intelectuales españoles exiliados ayudaron en gran medida a la renovación y maduración del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, el cual, a su vez, serviría de elemento acogedor de estos exiliados que andaban por diferentes países americanos.

Hemos de tener en cuenta una serie de factores históricos e ideológicos que ayudan a entender el proceso de acogida de estos intelectuales por parte de la Universidad de Puerto Rico. Tal vez Puerto Rico sea, dentro de Hispanoamérica, el caso más claro de atracción

¹ Malagón Barceló, Javier, "Como recibió América al exilio español", *Cincuenta años de exilio español en Puerto Rico y el Caribe 1939-1989*, Ediciós do Castro, A Coruña, 1991, pp. 33-34.

hacia lo español. Se mantuvo en poder español hasta la crisis de 1898, con lo que, al igual que Cuba mantuvo lazos de unión por mucho más tiempo que en otras colonias, por otra parte, si exceptuamos el fallido intento insurgente del Grito de Lares de 1868, no existió una lucha independentista contra España que agriase el recuerdo hacia los españoles; por el contrario, el acuerdo de París rompió una serie de libertades que había logrado la colonia con España, que la ratificaban como una provincia española con los mismos derechos que cualquier otra de la península. Finalmente, a lo largo de los años opondrían el ideal español a la política impositiva americana como arma de lucha en pro de su independencia. No es de extrañar, por lo tanto, que la recepción de los españoles supusiera, de algún modo, la acogida de los ideales y la preeminencia de lo hispano sobre lo sajón.

Tenemos que considerar, además, que para la década de los 30, las ascendencias ibéricas en Puerto Rico eran muy marcadas. Poseían su propia Cámara Oficial Española de Comercio, cuyos estatutos reglamentarios habían sido sancionados y declarados de Real Orden por la Secretaría General de Asuntos Exteriores de España; su centro de actividades sociales, el Casino Español, con representación en cada pueblo; su entidad cultural la Institución Cultural Española, su hospital, el Auxilio Mutuo, un diario, *El Imparcial* que hizo, hasta 1933 las veces de órgano oficial de los españoles residentes y hasta una Legión Hispanoamericana de veteranos españoles de la guerra del 98. Además, la construcción a fines de los 30 de la Casa de España, impresionante monumento arquitectónico que se convirtió en la sede oficial de dicha comunidad, dotaría de unidad al grupo español en Puerto Rico.

Existía, por lo tanto, una afinidad muy marcada entre la comunidad puertorriqueña y la española, ya fuera directamente, por lazos sanguíneos ya por el prestigio y el poder económico de la colonia española. La idea de una identidad puertorriqueña asociada a los elementos hispanos cobra especial vigor en los años 30. Los miembros más autorizados de la élite intelectual creyeron encontrar en el elemento español, europeo y occidental las piedras angulares sobre las que sostener la nacionalidad. Frente al incontenible oleaje de influencias "exóticas" provenientes del mundo anglosajón, protestante y utilitario, este sector adoptó una postura hispánica que concebía la tradición ibérica, el castellano y, en muchos casos, el catolicismo, como valores inherentes a la puertorriqueñidad. Para ellos, la defensa de lo criollo y de la puertorriqueñidad implicaba la defensa de todo aquello que había de peninsular, pues de la robustez de esto último se nutrían los primeros. Emilio Belaval, abogado y presidente del Ateneo en los años 30 llama la atención sobre la vitalidad que mantiene el elemento español dentro de la sociedad insular:

"No nos debemos asustar de decir a esta hora, en que ya tenemos pujos de criollismo innato o de proyección estadual norteamericana, de que a pesar de todos los vaivenes de la historia, somos españoles hasta los huesos, y esta vez, nuestro españolismo tiene más espontaneidad, más vigor y más futuridad que en ningún momento anterior de nuestra historia"².

² Belaval, Emilio S., *Problemas de la cultura puertorriqueña*, Editorial Cultural, Río Piedras, 1977, p. 40.

En esa misma línea, Juan Antonio Colorado en discurso pronunciado en el Teatro Municipal de San Juan en junio de 1931 con motivo de la celebración del advenimiento de la República española establecida en abril de ese mismo año comenta:

"Nosotros somos españoles, y esto es necesario que se acepte como realidad cuya validez está fuera de nuestro desear (...) Pero eso no es todo: somos españoles que por cuatro siglos hemos vivido en Puerto Rico, en un Puerto Rico que por treinta años ha venido recibiendo los influjos de la nación norteamericana"³.

Si bien el hispanismo fue una corriente de pensamiento común a casi toda la élite intelectual no todos los puertorriqueños extrajeron las mismas ideas. Algunos hispanófilos mostraban un fuerte contenido autoritario en su discurso y admiraban los valores e instituciones más tradicionales de España, como la Iglesia Católica, la Monarquía y el orden jerárquico; tal fue el caso del líder nacionalista Albizu Campos, de Juan A. Corretjer, Trina Padilla de Sanz y los hermanos Salvador y Juan Augusto Perea, entre otros. Este grupo se decantó posteriormente hacia una postura paralela al franquismo y defendieron ideales similares a los de Falange Española. Por el contrario, otros miembros comulgaron con un hispanismo mucho más liberal, fundamentado en valores laicos y democráticos y orientado hacia las reformas sociales. Fue este sector el que recibió con entusiasmo el advenimiento de la República Española de 1931. Jóvenes como Antonio J. Colorado, Jaime Benítez, José A. Buitrago, José Toro Nazario se dieron a la tarea de organizar la agrupación pro defensa del Frente Popular Español y recabar ayuda material para el ejército republicano. A la par con ellos, personajes como Margot Arce, Tomás Blanco y el doctor Ramón Lavandero iniciaron la publicación del semanario *Verdades* de corte republicano y Colorado y Buitrago publican el periódico *Alerta* y la transmisión de un programa radiado que pretendían romper el bloqueo noticioso de la prensa comercial y la causa de la República pudo ser comprendida por personas y grupos receptivos con los cuales contrarrestar la propaganda franquista en la Isla.

Además de esta labor informativa, los intelectuales partidarios de la República realizaron labores solidarias como una compañía en favor de los niños españoles víctimas de la guerra y el envío de cartas al presidente Franklyn D. Roosevelt instándolo a apoyar la causa del gobierno legítimo. Además facilitaron el viaje a muchos jóvenes puertorriqueños que ingresaron en las Brigadas Internacionales. Tal vez fuera ésta la prueba mayor de comunión ideológica entre Puerto Rico y España; la de unirse a las Brigadas Internacionales para lucha en suelo español por el ideal republicano⁴.

³ *El Mundo*, 16 de junio de 1931, pp. 1 y 4.

⁴ Según Juan Ángel Silén fueron alrededor de trescientos los puertorriqueños que participaron en la Guerra Civil Española. Antonio Molina Rodríguez, en su serie de artículos que publicó en *El Reportero*, titulada *Hace cincuenta años*, señala los siguientes nombres de puertorriqueños que pelearon en España: José Enamorado Cuesta, Antonio Pacheco Padró, Filiberto Vázquez López, Manuel Cofresí, Dr. Francisco Pérez Dueño, Dr. Pedro Hernández del Valle, los hermanos Jorge, Pablo y

Para la profesora Iris Zavala, el exilio republicano español coincidió históricamente, con una serie de acontecimientos contemporáneos ligados al neoimperialismo y a la emergencia de la gran literatura y descolonización, y a un nacionalismo cultural revolucionario. En la Antillas baste señalar a Aimé Césaire, Julia de Burgos, Palés Matos y Nicolás Guillén, mientras en el resto del continente aparecen las grandes voces de Neruda y Vallejo⁵.

La política estadounidense y, por ende, la puertorriqueña no consideraba a estos exiliados antifascistas refugiados políticos, a diferencia de los alemanes, de los cubanos, nicaragüenses, vietnamitas, etc. Se les calificó de "rojos" y, pese a la alianza con la URSS –que sólo duró de 1943 al fin de la II Guerra Mundial– hubo una gran desconfianza entre las dos potencias. Y la República Española, ante el boicot para la adquisición de armas que le hicieron una serie de países del mundo occidental, fruto de la política de "no intervención" se vio obligada a comprarlas a Rusia y, en algún momento a México, con el resultado de que los exiliados tuvieron que pagar los errores de una política internacional en la que no habían participado. Los que entraron en territorio americano y puertorriqueño, lo hicieron como inmigrantes ordinarios, al reunir los requisitos de la legislación americana (parentesco con personas residentes en el país, matrimonio con súbditos americanos, etc.), como profesores de universidad o secundaria o bien como funcionarios internacionales de la Naciones Unidas.

A pesar de estos problemas, la Universidad de Puerto Rico, principalmente a través de su Rector Jaime Benítez, conseguiría traer a suelo boricua a estos exiliados republicanos.

Puerto Rico tuvo dos momentos principales de aceptación de exiliados españoles. Un primer momento en la inmediata postguerra en que recibe las visitas temporales de diferentes intelectuales españoles que llegan, principalmente, para dar conferencias o cursos cortos a la Universidad y un segundo momento, más estable en la década de los años 50. La primera llegada de españoles a Puerto Rico se produce en 1940, invitados al Ateneo puertorriqueño por un improvisado Círculo de conferencias organizado por el que después habría de ser Rector de la Universidad de Puerto Rico, Jaime Benítez, que facilitaría el regreso a Puerto Rico de estos intelectuales. Tres años después, siendo Rector, se invitó formalmente a tomar parte del claustro de la Universidad a los profesores Alfredo y Aurelio Matilla, Javier Malagón, Segundo Serrano Poncela, Vicente Herrero, Eugenio Granell, el escultor Compostela y Vicente Llorens, entonces en Santo Domingo. A este grupo inicial habría de sumársele más adelante María Zambrano, María y Mercedes Rodrigo, Fernando de los Ríos, Francisco Ayala, Juan Ramón Jiménez, Enrique Tierno Galván, Francisco García Lorca, José Medina Echevarría, José Ferrater Mora, Manuel García Pelayo, Pedro Salinas, Cristóbal Ruiz, José Gallego Díaz, Carlos y Juan Marichal, Luis Santillana, Jorge Guillén y otros. Desde México vendrían a dictar cursos cortos y conferencias José Gaos, León Felipe, Max Aub y otros.

Víctor Manuel Carbonell y Carmelo Delgado. Jorge y Pablo Carbonell murieron en España. Salvador Tió se encontraba en Madrid cuando estalló la guerra y se unió a la juventud española en la lucha.

⁵ Zavala, Iris, "El exilio español y la imaginación cultural", *Cincuenta años de exilio español en Puerto Rico y el Caribe 1939-1989*, Ediciós do Castro, A Coruña, 1991, pp. 187-195.

La contribución intelectual de estos profesores fue enormemente significativa. En la creación literaria constan obras como el ensayo de María Zambrano, *Isla de Puerto Rico (Nostalgia y esperanza de un mundo mejor)*, *El Contemplado* de Pedro Salinas, un libro de poemas sobre el mar de Puerto Rico, o *La Isla de la simpatía* de Juan Ramón Jiménez. Francisco Ayala, que estuvo en la Universidad de 1950 a 1960, fundó y organizó la revista universitaria *La Torre*, una de las de mayor prestigio en el campo de las letras españolas en Puerto Rico aún hoy en día. Ricardo Gullón fue el escogido por Juan Ramón para cooperar directamente con él en la organización de su obra, de su estudio y de su biblioteca (la más importante sobre la obra del poeta de Moguer en la actualidad. José Luis Sert sirvió de asesor en la organización de la Escuela de Arquitectura. Don Pablo Casals constituyó una fuerza decisiva en el desarrollo del arte y la música de Puerto Rico. Casado con la puertorriqueña Marta Casals, viene a Puerto Rico en 1955 y continúa desarrollando el Festival Casals hasta su muerte en 1975; si bien el festival sigue siendo el más importante del país en su género.

Jaime Benítez se formó en las instituciones estadounidenses que propugnaban ideas liberales, e influido por Ortega y Gasset, sobre el cual escribió su tesis, se dejó llevar por el hispanismo reinante en Puerto Rico. Por aquella época al Rector de la Universidad de Chicago Robert Hutchins se le ocurrió la idea de aprovechar los cerebros en fuga de la Europa conmocionada por el racismo y los recibió como profesores distinguidos. Esto mismo es lo que haría Jaime Benítez con los exiliados españoles en la Universidad de Puerto Rico. Pero, además, la introducción de estos intelectuales serviría al rector para llevar a cabo una restauración de la Universidad en todos los sentidos, dotándola de una autonomía con respecto a la norma norteamericana y de un prestigio que la llevó a ser considerada como una de las mejores en el ámbito de los estudios humanísticos en su época.

Los contactos con la intelectualidad española datan de la creación del Departamento de Estudios Hispánicos en 1927 —época, por otra parte de esplendor de las letras hispanas—. Este departamento permitió que intelectuales liberales como Tomás Navarro Tomás, Fernando de los Ríos y Juan Ramón Jiménez visitaran la Universidad para dictar cursos y conferencias, dando inicio así a un fructífero intercambio intelectual con los estudiantes y claustrales de la Isla. A esto hemos de añadir que un número importante de jóvenes puertorriqueños partió hacia España a realizar sus estudios universitarios, becados algunos por la Institución Cultural Española y atraídos todos por la importantísima renovación espiritual que vivía entonces España. Tal fue el caso de Margot Arce, Antonio J. Colorado, Rubén del Rosario, Isabel Gutiérrez del Arroyo y Salvador Tió; todos ellos habrían de ser importantes figuras de la intelectualidad puertorriqueña. Incluso aquéllos que no realizaban sus estudios en España buscaron en pensadores españoles su fuente de inspiración intelectual como Jaime Benítez que se inspiró en Ortega y Gasset.

Los intentos de crear una Universidad de Puerto Rico prestigiosa datan de épocas muy anteriores. Sin embargo, la presión estadounidense por "americanizar" la Isla impidieron su completo desarrollo. Por otra parte, el Gobierno estaba en manos de americanos, lo cual imposibilitaba la búsqueda de soluciones genuinas que pudiesen atentar contra la pri-

macía de la cultura norteamericana. En 1903 se fundó en la población de Fajardo una institución docente, bautizada oficialmente como Universidad de Puerto Rico. Se trataba, sin embargo, de un órgano pedagógico destinado a la formación y entrenamiento de maestros para nutrir el precario cuerpo docente del país. No se trataba, pues, de una universidad, sino de una Escuela Normal. El primer esfuerzo serio por crear una Universidad de Puerto Rico culminó en Río Piedras, más o menos paralelamente con el Recinto Universitario de Mayagüez. El problema principal de esta institución era que la mayoría de las materias se daban en inglés. Se esgrimían razones para ello como que la mayor parte de los textos eran en inglés, que la enseñanza en inglés iba a convertir a la Isla en bilingüe en poco tiempo. Lo que en realidad ocurría era que los profesores norteamericanos que se contrataban en Estados Unidos no podían enseñar en español porque no conocían el idioma. Y otra razón tabú era que los jefes norteamericanos que regentaban la colonia de Puerto Rico no entendían que su propósito de suplantar el idioma español por el inglés era radicalmente imposible.

Con el nombramiento de un rector puertorriqueño, Carlos Chardón, se rompía el mito de la ineligibilidad de un puertorriqueño para desempeñar tal cargo. Con la llegada al poder político de otro puertorriqueño, Luis Muñoz Marín, comienza la renovación de la Universidad bajo el rectorado de Jaime Benítez. La reforma necesitaba aumentar el número de profesores para los nuevos cursos. Providencialmente, ocurría esto en el momento en que un alto número de profesores españoles partidarios del régimen derrocado por los franquistas confrontaban una situación difícil en España. Se hicieron las debidas representaciones ante Estados Unidos para contratar a estos profesores que impartieron sus conocimientos humanísticos en lengua española, lo cual aceptó, admitiendo este importante contingente de intelectuales españoles⁶. Se necesitó, por lo tanto, la presencia de un gobernador y un rector puertorriqueños para lograr la renovación de la Universidad de Puerto Rico. La llegada de estos intelectuales españoles ayudaría, en gran medida, a esa renovación mediante la implantación de un currículo que se adaptara a las necesidades de los jóvenes puertorriqueños y que pudiese estar a la altura de esa tendencia hispanista que pedía la intelectualidad de la Isla.

En resumen, el éxodo de los intelectuales españoles tras la Guerra Civil del 36 coincide con un movimiento general de nacionalismo que en Puerto Rico se traduce en un movimiento independentista que opone a la presión sajona de Estados Unidos el ideal cultural hispano. En un primer momento, en la inmediata postguerra, se dan los primeros contactos con los intelectuales españoles que visitan la Isla de manera temporal. Sin embargo, no será hasta la década de los 50, cuando los puertorriqueños tengan acceso a la gobernación

⁶ Prueba de la filiación que existía a través de la Universidad es el telegrama reservado enviado por el Cónsul General Ventosa cuando preparaba la ayuda a la República, el 7 de septiembre de 1936: "Preparada suscripción cruzada roja España, si don Fernando de los Ríos con su destacada autoridad y personal amistad cablegrafiara a Juan Bautista Soto rector Universidad y Prudencio Rivera Martínez Vicepresidente Partido Socialista rogándole cooperación se facilitaría labor iniciada...", *Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores*, Rej. 156/carpeta 12.

tanto política como académica que se dé la verdadera acogida de estos intelectuales de una manera permanente. La Universidad de Puerto Rico mantuvo, por lo tanto, una relación simbiótica con los españoles. Por una parte sirvió como instrumento para la acogida de los exiliados y, por otra, se nutrió de los conocimientos de estos intelectuales para operar en ella una renovación en favor de la cultura hispana.

BIBLIOGRAFÍA

- Arrieta, Rubén, "La huella del Rector", *El Nuevo Día*, 7 de mayo de 1993, pp. 75-76 y 141.
- Belaval, Emilio S., *Problemas de la cultura puertorriqueña*, Editorial Cultural, Río Piedras, 1977, p. 40.
- Benítez, Jaime, "La Universidad de Puerto Rico y el exilio español", *Cincuenta años de exilio español en Puerto Rico y el Caribe 1939-1989*, Ediciós do Castro, A Coruña, 1991, pp. 61-68.
- Ferrao, Luis Angel, "Nacionalismo, hispanismo y élite intelectual en el Puerto Rico de la década de 1930", Silvia Alvarez-Curbelo, Ed. *Del nacionalismo al populismo: Cultura y política en Puerto Rico*, Huracán, Río Piedras, 1993, pp. 37-60.
- García-Moreno Barco, Francisco, "El ideal imperialista de Falange Española y su proyección sobre Hispanoamérica a través del concepto de 'Hispanidad'", *Atenea*. 1994, pp. 25-42.
- Malagón Barceló, Javier, "Cómo recibió América al exilio español", *Cincuenta años de exilio español en Puerto Rico y el Caribe 1939-1989*, Ediciós do Castro, A Coruña, 1991, pp. 33-45.
- Matilla, Alfredo, Matilde Albert y Gabriel Moreno, "Introducción", *Cincuenta años de exilio español en Puerto Rico y el Caribe 1939-1989*, Ediciós do Castro, A Coruña, 1991, pp. 19-28.
- Silén, Juan Angel, *La guerra de los mil años*, San Juan, Distribuidora de libros, 1992.
- Ventosa, Cónsul General, "Telegrama reservado", Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Rej. 156/carpeta 12.
- Zavala, Iris, "El exilio español y la imaginación cultural", *Cincuenta años de exilio español en Puerto Rico y el Caribe 1939-1989*, Ediciós do Castro, A Coruña, 1991, pp. 187-195.